

María Isabel Larrea O.

## Historia y literatura en la narrativa hispanoamericana

### Resumen

El propósito del presente artículo es proporcionar de manera general y con fines pedagógicos, una mirada al modo en que historia y ficción se relacionan en momentos claves de la narrativa hispanoamericana a fin de comprender que la función de la literatura –su modo de ser comunicación estética- está relacionada con los cambios socioculturales y con la misión que la sociedad le comunica y, a veces, le impone.



El propósito del presente artículo es proporcionar, de manera general y con fines pedagógicos, una mirada al modo en que *historia y ficción* se relacionan en momentos claves de la narrativa hispanoamericana a fin de comprender que la función de la literatura –su modo de ser comunicación estética- está relacionada con los cambios socioculturales y con la misión que la sociedad le comunica y, a veces, le impone.

La relación entre discurso literario e historiográfico es problemática y compleja como se expone en la *Poética* de Aristóteles: la diferencia entre historia y ficción se expresa en términos de la veracidad de los sucesos: mientras la historia narra lo sucedido, una verdad particular, la poesía cuenta lo que podría suceder, fingiendo e inventando una verdad más filosófica o general. Las concepciones actuales de la historia (White 1992, 2003; Le Goff 1991; Certeau 1999) han comprendido que ella comparte con la literatura y con la cultura en general, su carácter de discurso, es decir, que los sucesos por sí mismos carecen de significado y que es la narrativización de los mismos (por medio del argumento y de los tropos del discurso), la que le otorga una dimensión moral. Esta concepción de la historia como metahistoria (White 1992), como construcción discursiva y memoria colectiva de los hechos del pasado, sostiene que, para representar la realidad en los discursos históricos, es indispensable la imaginación, el modo de tramar los sucesos y la concepción ideológica del historiador. Podríamos sostener, entonces, a partir de esta concepción de la historia, que la literatura hispanoamericana ha contribuido a leer la historia de América, desde la ficción, durante todo su proceso escritural.

### Desde la Crónica de Indias a la nueva novela histórica

La Crónica de Indias o historiografía indiana es una de las primeras manifestaciones discursivas que hablan de América, de su constitución histórica y simbólica. Su discurso, configurado como informe al Rey de España acerca del avance de la Conquista de América y de las circunstancias que rodean las hazañas de soldados españoles contra los indígenas, es, a su vez, manifestación del arrobamiento que produjo al Conquistador la naturaleza del nuevo mundo y su gente como también de los sucesos

en sí mismos. Ambas expresiones se cruzan bajo la óptica discursiva del cronista, quien opta por una visión mayoritariamente eurocéntrica de los acontecimientos narrados y donde América es considerada un territorio de Conquista, pero también un imaginario simbólico de sus concepciones feudales y renacentistas. La lengua del conquistador verbalizó el territorio con paradigmas propios y relató las hazañas de sus soldados invisibilizando, muchas veces, a los aborígenes. Desde esa perspectiva podemos reconocer que, en el origen de la literatura de América hispana, el tramado de sucesos históricos, bélicos y políticos, las circunstancias religiosas y sociales, las costumbres y todo lo que podamos inferir como manifestación de la historia, pública y privada, que rodeó a la Conquista de América, fue integrándose a la escritura para ser considerada, hoy en día, una manifestación referencial y primera de la literatura hispanoamericana.

La falta de modelos propios en los siglos coloniales, tanto por la proscripción de Carlos V, en relación a prohibir libros de “historias mentirosas” como por los cánones de lectura que traía el europeo, obligan a la literatura a depender de los modos hispanos para expresarse discursivamente. En este contexto, la historiografía colonial y la literatura considerarán a los modelos hispánicos como los ejes ideológicos y estéticos rectores del proceso de escritura. Esta posición de dominio del saber histórico y de las prerrogativas de los cánones españoles subsiste hasta los albores de la república. Entre los textos más significativos que expresan estas características se encuentran los de Sor Juana Inés de la Cruz, quien destacó principalmente por su obra poética.

A medida que se consolida la independencia cultural en el discurso literario, especialmente en la novela hispanoamericana, se introduce nuevamente el interés de los escritores criollos por mostrar los sucesos históricos en la ficcionalidad narrativa. José Joaquín Fernández de Lizardi, por ejemplo, al publicar en 1814 su *Periquillo Sarniento* pretende denunciar la corrupción de la sociedad mexicana de la época y de ese modo la novela se transforma en un pretexto para construir un discurso que da cuenta de la moral virreinal. *El Periquillo* se escribió en plena guerra de independencia y su historia se desarrolló mayormente en el México de la Colonia. Buscaba derribar los paradigmas coloniales proyectando las ideas liberales de su autor: la doctrina social, la intencionalidad didáctica, las ideas de educación y progreso, la crítica de las instituciones, la aplicación de la moral burguesa que enlaza, por un lado, con el iluminismo, con la literatura y la filosofía francesas del siglo XVIII y, por otro, con la picaresca de los siglos XVI-XVII.

Las distintas historias de la literatura de-muestran que en el período comprendido entre 1830 y las postrimerías del siglo XIX se produce nuevamente una relación estrecha entre histo-riografía y literatura. La búsqueda de una concepción sobre identidad nacional incentiva la propuesta romántica que señala al escritor la función de proyectar el ideario liberal en una sociedad moderna. Como la historiografía, la novela histórica tradicional, género predominante del romanticismo hispanoamericano, exteriorizó una visión moral y política, acorde con el propósito de construir una imagen nacional del pasado, una idea de patria fundada en los episodios que protagonizan los nuevos representantes del ideario político. La novela del siglo XIX buscó un sentido de nación en la medida que su rol estaba relacionado y determinado por una escritura del pasado, y en correspondencia con los presupuestos positivistas, liberales y rea-listas de la época. Novelas clásicas de esta etapa son, por ejemplo, *Amalia* (1851) de Mármol que reconstruye la situación argentina en 1840 bajo la dictadura de Juan Manuel de Rosas y crea un prototipo de esta forma de novela en Hispanoamérica, cuyo clima de violencia

se representa por la persecución a los unitarios en Buenos Aires y por las cruentas campañas de la guerra civil en las provincias. Otro ejemplo análogo es *Martín Rivas* (1862) de Alberto Blest Gana, que desde una perspectiva histórica expresa en la novela la polarización política vivida en Chile en los años 1851 entre liberales y conservadores y que dio como resultado la expulsión del escenario público de los miembros de la Sociedad de la Igualdad. La novela histórica del siglo XIX es el eco de la historiografía oficial, mediatizada por los temas amorosos que representan el imaginario de la cultura literaria romántica. Si bien respeta los datos de la historia, que se reducen a los de la vida pública, utiliza controladamente la invención.

El siglo XX con los aportes de la vanguardia enriquece el concepto de historia en la narrativa hispanoamericana. La utilización de las diversas posibilidades en el manejo de la temporalidad y del espacio, tanto a nivel del enunciado como de la enunciación, faculta al escritor para desarrollar juegos con el tiempo y el espacio, simultaneidades, intertextualidades, correlaciones semánticas, correlaciones entre el mito, lo maravilloso y la historia, múltiples focalizaciones narrativas que enriquecen y estilizan el concepto de la historia. En esta perspectiva se funda el concepto de lo “real maravilloso americano”. Desde una particular concepción estética de la historia de América, la obra de Carpentier reactualiza una serie de hechos históricos claves para la comprensión del continente que compromete una noción profunda y amplia de historiografía, al convocar en su narratividad sucesos y períodos de importancia en el acontecer centroamericano junto a mitos primordiales, historias de vidas públicas y privadas, transtextualidades, etc., que tienen como fin una lectura poética de la historia no oficial de América. En su ya clásico prólogo a *El reino de este mundo* (1949), Carpentier expresa claramente esta concepción al decir:

*¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real-maravilloso?*

América es a partir de los modelos propuestos por las novelas del boom un espacio utópico en que el lenguaje tiene una función reconstructora de la Historia. El entrecruzamiento que proporcionan las técnicas narrativas y los sucesos reincorporados en esta nueva visión de la historia proporcionan al lector una concepción alejada de todo positivismo iconoclasta y su propósito es contar la historia de América a partir de la configuración de seres y acontecimientos de raigambre mítico-histórico, como por ejemplo en *Cien años de Soledad*.

En las décadas de los setenta y ochenta la nueva novela histórica se establece como la tendencia predominante en Latinoamérica; pero, lejos de retomar las convenciones del género instaurado en el siglo XIX, se aparta notablemente de la novela histórica tradicional, tanto por su contenido como por su forma. En síntesis, los novelistas contemporáneos perciben la realidad –ya sea presente o pasada– como un todo complejo, problemático, ambiguo y contradictorio que no puede ser aprehendido con certeza y tras pasado inequívocamente al papel. Es el resultado de la transgresión de las fronteras, el espíritu de la postmodernidad que señala que ya nada puede ser conocido objetivamente. Sólo es posible dar interpretaciones, siempre parciales, nunca únicas, de los fenómenos de la naturaleza y, sobre todo, de los acontecimientos humanos. Estas tendencias también se presentan en la historiografía actual y, consecuentemente, en los géneros híbridos entre historia y ficción, es decir, la nueva novela histórica.

Seymour Menton (1993) considera a la historia un eje fundamental en la nueva novela histórica; pero, además, considera que su formalización debe estar desprovista de toda visión positivista y que los sucesos se subordinan a las ideas filosóficas sobre la historia. Ésta se distorsiona conscientemente por medio de omisiones, exageraciones y anacronismos, los personajes históricos se ficcionalizan y el narrador comenta el proceso de creación historiográfica y poética. Los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia se proyectan en un discurso de la intertextualidad.

En este sentido, la nueva novela histórica es coincidente con los postulados de Hayden White, quien comprende los procesos históricos en el contexto de la teoría tropológica del discurso, que postula una explicación del pasado que no pertenece unívocamente a la categoría de lo verdadero o a la de lo imaginario, sino que debe ser juzgada por la fuerza explicatoria de las metáforas contenidas en ella y por el papel que cumple la imaginación. En esta concepción, el discurso de la historia no es verdadero ni falso, sino que funciona como una gran metáfora, cuya fuerza simbólica permite comprender el pasado, desde un punto de vista determinado, que nunca es el único posible. Por lo cual Hayden White agrega que, a la hora de escribir sobre el pasado, “no se trata de elegir entre la objetividad o una visión distorsionada, sino entre diversas estrategias para la constitución de la “realidad” en el pensamiento, y luego manejar dicha realidad de diferentes maneras, teniendo en cuenta que cada manera posee sus propias implicaciones éticas” (White 1992). La novela histórica de las últimas décadas se ha instituido como un lugar de reflexión de la escritura, cuestionando e impugnando los procedimientos narrativos de la historiografía tradicional.

Novelas como *El arpa y la sombra* (1978) de Alejo Carpentier, *Los perros del paraíso* (1987) de Abel Posse y *Vigilia del Almirante* (1992) de Augusto Roa Bastos, por ejemplo, reescriben la historia de Colón contradiciendo la historia oficial y construyendo un imaginario simbólico de Colón a partir del pensamiento de los novelistas que juzgan al personaje desde escrituras históricas provenientes de los círculos del poder, insuficientes para completar poética y culturalmente una reflexión que conjugue historia y memoria. La nueva novela histórica plantea la necesidad de que la historia no sea reducida a la historia política, no se limite al conocimiento que proporcionan las clases hegemónicas, sino a la memoria de toda la sociedad incluyendo aspectos como la sexualidad, la locura y el imaginario popular.

Desde este punto de vista, la novela de fin de siglo no pone en discusión la existencia del pasado, sino que expresa la convicción de que el pasado sólo es cognoscible y poetizable a través

del discurso. De ello se deduce que es el relato del pasado el que lo convierte en historia. La escritura de la historia, ya sea en la novela o en un ensayo historiográfico, intenta entender el pasado para aprender de él y así comprender los procesos que contribuyeron a formar las sociedades actuales. Partiendo de la idea hegeliana de que la integración de la conciencia del pasado es necesaria para entender el presente, la nueva novela histórica determina cuán significantes son los sucesos pasados para la cultura latinoamericana y cómo la escritura de carácter histórico funciona como construcción, memoria colectiva y pilar en el que se asienta la identidad nacional.

En síntesis, historia y ficción son en la literatura hispanoamericana dos grandes matrices culturales desde donde los lectores podemos asistir a la reconstrucción del continente, comprender la diversidad de las representaciones simbólicas que hasta el día de hoy son las huellas de nuestros pasos perdidos.

### **Bibliografía**

Certau de, Michel. 1999. *La invención de lo cotidiano*. México: Editorial Universidad Iberoamericana.

Le Goff, Jacques. 1991. *Pensar la historia*. Barcelona: Paidós.

Menton, Seymour. 1993. *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica.

White, Hayden. 1992. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. 2003. *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona: Paidós.

### **Para citar este artículo**

María Isabel Larrea O.. 2003–2004 . «Historia y literatura en la narrativa hispanoamericana». *Documentos Lingüísticos y Literarios* 26-27: 17-19